

de tu nieta, para reprimir su conducta, que es la de una loca.

Te advierto que lo primero que debes hacer es arrojar á la calle á su tía, que es la que tiene la culpa de todos los desaciertos de Eufemia; ella ha dirigido sus compras, le ha dado consejos acerca del modo de poner la casa, lo ha arreglado todo como contando con bolsillo ajeno, y le ha dicho que la vida de la mujer casada está reducida á los locos goces de la vanidad, y á dar guerra á su marido hasta que se aburra.

No poca culpa tienes tú de lo que sucede, por haber hecho que Eufemia admitiera á su lado á semejante mujer.

Tu nieta no la quería, ya lo sabes, y tú te empeñaste en que, porque era hermana de su madre, la había de recibir y había de vivir con ella.

La Baronesa ha cambiado á su sobrina; ¡pero de qué modo! ¡Ojalá hubiera permanecido como estaba!

Adiós: voy á rezar para que Dios cambie la suerte de mi desgraciado hijo: si la Marquesita hace tan feliz á tu nieto como tu nieta á mi hijo, debes ser aun más desgraciada que yo, pues ambas bodas son obra tuya.

GERTRUDIS.

VII

Modesta á Cintia.

Valfiores, Agosto de 186...

Demasiada presunción es, señora Marquesa, aceptar de la bondad de V. el honroso encargo de aconsejarla: yo no soy más que su humilde servidora: en el cielo hay jerarquías, y pienso que Dios ha dispuesto que en la tierra las haya también; así, pues, la ilustre y opulenta Marquesa de Uclés está colocada en la escala social muchas gradas más alta que la sencilla Modesta Pineda, hija de un criado de la familia de su esposo de V., y hoy esposa feliz de un honrado industrial.

No obstante, hay un lazo encantador que puede unirnos: el mutuo afecto, la recíproca estimación; el corazón no conoce jerarquías, y la bondad, donde quiera que se halle, le cautiva; yo creo (y lo creo firmemente) que es V. tan buena, tan sensible, tan generosa, que no temo rebajarme á sus ojos aceptando, acaso, como ya he dicho, con demasiada presunción, el honroso título de su mejor y más adicta amiga.

Yo no puedo ir á ver á V., como se sirve encargarme: el cuidado de mi casa me retiene en ella, y además, no debo permitirme visitar á usted, aun cuando me haga la merced de manifes-

tarme que así lo desea; en cambio, le escribiré, y la pluma será nuestra intermediaria fiel y discreta, salvo las veces que V. quiera honrar con su presencia esta humilde morada, siempre pronta á recibirla.

Permítame V. que empiece diciéndole que lo que más me desconuela en su carta no es el tono de tristeza y desaliento que brota de cada período, de cada frase; no es el temor que yo misma concibo con su lectura acerca del porvenir de V.; es que en toda ella no veo estampado por la pluma de V., ni una vez siquiera, el augusto nombre de Dios ó el de su Santa Madre, protectora de nuestro débil sexo.

¡Ah señora Marquesa! ¿Quién ha pensado jamás que haya felicidad sin fe ciega, humilde y profunda? ¿Quién espera la paz y la dicha de las grandezas mundanas y de los accidentes de la vida? Muchos habrá; pero éstos edifican sus esperanzas de ventura con tan sólida base como lo es la que los niños ponen á sus castillos de naipes, que un soplo echa al suelo.

No, no, señora mía y muy amada amiga. ¡No hay dicha sin fe, ni se alcanza paz en este miserable suelo, á no ser poniendo nuestro destino en las soberanas manos de Dios! Y, cosa admirable, la religión cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad eterna, hace también nuestra dicha en esta vida.

Dios sólo es la fuente de la gloria y de la fe-

licidad, y nada haremos que valga sin Dios, por hermosos que sean nuestros razonamientos, por bellas que sean nuestras resoluciones.

Yo sé, señora Marquesa, que su madre de usted era inglesa y protestante; además, sus continuos dolores morales y el deplorable estado de su salud no le permitieron cuidar, como era necesario, de la parte más esencial de la educación de usted, de la parte religiosa; así sus ideas son generales, poco claras, inseguras é incompletas, y así también hay en su alma, que empieza á ser combatida por las tempestades del dolor, una angustiosa aspiración de dicha y un desaliento profundo de obtenerla.

Y bien, señora, yo que nada sé, que nada valgo, que nada he aprendido; yo, pobre muchacha oscura y casi campesina, yo puedo enseñar á V. la ciencia de tener una paz interior tan profunda y serena como el agua del arroyo que corre al pie de la montaña: sí, porque la verdadera fe no es la superstición; ésta imprime en el alma el espanto y el terror; pero la verdadera fe la eleva, ennoblece el espíritu y purifica el corazón, consolándonos y alegrándonos á la vez.

Sí, señora Marquesa; la fe en Dios da la alegría y la paz interior; y los únicos seres del mundo verdadera y profundamente desgraciados son los que viven sin Dios, y, por lo mismo, sin ley, sin esperanza y sin consolación.

Para ser piadosa una mujer, necesita no ser

pusilánime; sin fuerza de alma no se posee ninguna virtud, ni se cumple ningún noble deber.

Empiece V., para ser dichosa, á creer humilde y ciegame que es inmensa la misericordia de Dios y suprema su bondad; que nosotros tenemos, sí, el libre albedrío y la voluntad para obrar bien; pero que si alguna vez obramos mal, Él, tan grande, tan noble; Él, sumo amor, incomparable dulzura, eterna sabiduría, nos perdona con una sola lágrima de arrepentimiento verdadero, con un suspiro de dolor que le dirijamos del fondo del corazón.

Sí, la confianza en Dios es la irresistible fuerza para sobrellevar todas las penas de la vida; téngala V., señora Marquesa: es el único amor de la tierra que no engaña; crea V. firme y sencillamente en la inagotable bondad de ese padre, más tierno, más previsor que todos los padres juntos: creer en la Providencia es la recompensa de la virtud; el criminal sólo es el que sabe tener miedo.

«Venid á mí todos los que lleváis una carga superior á vuestras fuerzas, y yo os aliviaré; venid á mí los que lloráis, y seréis consolados.»

Estas son las palabras de nuestro dulce y clemente Redentor Jesús.

¿Qué penas pueden temerse después de leer en los libros santos estas divinas y consoladoras palabras? ¿Qué pueden los hombres, si ellas comunican al alma valor y fuerza para despreciar su maldad?

Obrar según nos aconseja la voz interior que se llama *conciencia*, poniendo toda nuestra confianza en Dios, es el mejor medio de alcanzar, si no la dicha completa, á lo menos la paz y la dulce resignación.

Veo, señora Marquesa, que no ha hallado lo que tenía derecho á esperar en el interior de su casa; pero esto sucede á casi todas las mujeres; el marido no es el amante; el amante es sumiso, enamorado, complaciente; el marido es el dueño, y sólo puede aspirarse á que sea á la vez el amigo leal, el compañero previsor; si es displicente, si está amargado por dolores, por deberes ó por otras causas que casi siempre nos son desconocidas, porque proceden de su vida anterior, nuestra trabajosa, pero noble misión, es sufrir, alegrar, sonreír, conllevar del mejor modo posible la situación interior de nuestra casa, para que no falten de ella la paz y la concordia.

Sí, señora Marquesa; lo mismo la dama de alta calidad como V., que la mujer oscura y humilde como yo, tienen deberes que cumplir, ásperos y rudos como la mayor parte de los deberes, pero cuya recompensa está en su mismo cumplimiento.

En otra carta, y más despacio, diré á V. lo que esta humilde servidora suya hace en el modesto nido que abriga su vida conyugal; por hoy, sólo puedo ya asegurarle una cosa: que la señora Marquesa, su digna madre, la ama de todo corazón y es acreedora á la confianza de V., y aun me atre-

vo á repetirle que, poniéndose en las manos de Dios, adquirirá una tranquilidad, una paz y un bienestar interior que le darán la firmeza que necesita para estudiar á fondo sus deberes.

MODESTA.

VIII

El Conde á Pablo.

Madrid, Setiembre de 186...

Si tu esposa es la mujer molusco, género detestable é inadmisibile para el matrimonio, la mía es la mujer áspera y dominante, de la cual tenemos tantas muestras en España, de la que hemos abominado á duo tú y yo, y habíamos jurado huir.

¡Triste cosa es que ni uno ni otro hayamos hallado *el justo medio*, tan difícil de encontrar, y que ambos hayamos caído en los dos extremos opuestos!

¿En qué consiste que todos los hombres que se nos parecen desean ese justo medio, en contraposición de lo que debía esperarse?

En que estamos ya muy cansados de los extremos; en que, demasiado dichosos con el sexo débil, hemos hallado más mujeres extremadas que prudentes, y más pasiones que virtudes.

Las esposas como la tuya nos sepultan bajo la losa helada del hastío.

Las que se parecen á la mía nos irritan los nervios, nos alteran la sangre, nos remueven la cólera. ¿Por qué nos casamos nosotros? Para cumplir aquella ley fatal de correr siempre tras un *más allá* que no alcanzamos nunca.

Tú á lo menos puedes prescindir de Cintia y hacer lo que quieras de tu vida; con tu hermana no es posible hacer otro tanto; cavilosa, exaltada, exigente y buena en el fondo, merece algo, y ese *algo* hay que dárselo; sin embargo, ese *algo* no puede en mí ser amor, como ella esperaba, como ella desea, porque está apasionada de mí.

¡Pobre niña! En tanto que ella se consume en inútiles afanes, yo me dejo llevar del fácil trato de Magdalena, que sigue aún en Baden, pero que me escribe largas y encantadoras cartas. Magdalena tiene la coquetería de la razón; con menos ilusiones que mi mujer, que las posee todas, conserva aquellas que hacen amable el trato y que avivan el cariño; no exige demasiado ni al amor, ni á la amistad, ni aun á la galantería; agradece lo que se le da, y esto consiste en que, reconociendo lo que vale por sí misma y estimándose muy alto, halla en sí misma también los recursos encantadores de su propio talento y de su acabada educación.

Sus cartas son más amenas que muchos libros que nos encantan; me habla en ellas de cuestiones

literarias, filosóficas y de alta moral, pues su espíritu, elevado y lleno de gracias, abarca todos los conocimientos del saber humano que están bien á la mujer, y todas las ideas agradables que caben en la inteligencia femenina más noble y más grande.

Ayer, cuando mi ayuda de cámara recibió cartas y me las entró, estaba yo en el cuarto de mi mujer; arrojó ella una mirada escudriñadora sobre la bandeja de plata, y columbró en la parte más visible la carta de Magdalena.

—¡Qué linda letra! dijo con voz que procuraba hacer tranquila, pero que temblaba de emoción; nunca he visto otra tan bonita.

—Es... de una amiga... le dije yo algo confuso y sintiendo no poder dar de palos á mi ayuda de cámara, que en tal conflicto me ponía con su imprudencia.

—Ya me figuro que esa carta es de una dama, observó mi mujer, que ya se había repuesto algo de su emoción; ningún hombre podría escribir con esa delicada perfección.

—¿Quieres leerla? le dije presentándole la carta. Nada tiene de particular.

Eufemia alargó la mano, y la ví fruncir las cejas con un gesto de Júpiter Olímpico, pero casi al instante retiró aquélla; hizo un violento esfuerzo, y pudo sonreírse al responderme:

—No; tengo confianza en tí.

—¿De veras? le pregunté.

—Sí, por cierto; á no ser así, sería muy desgraciada; pero tampoco me quejaría.

—Yo te ruego que leas esa carta, le dije tomándole la mano; tus suposiciones pueden ir más lejos que la realidad; es de una amiga, y estoy seguro de que nada hallarás en ella que te pueda mortificar.

—No la leeré, repuso mi mujer, y te suplico que no insistas en ello.

Yo quedé triste y confuso; no reconocía á mi mujer; algún elemento poderoso hay que contiene los ímpetus de su carácter; acaso es la pluma de tu abuela.

Esta escena me contristó, y ya no pude responder ayer á Magdalena, ni acaso pueda contestarle hoy tampoco.

¡Oh! ¡es tan duro, es tan infame faltar á una mujer que pone toda su confianza en nosotros, pero que sospecha y que sufre!

La frente de Eufemia está cargada de nubes; no, no se puede prescindir de esta mujer como de la tuya, y yo quisiera mejor estar unido al yeso como tú, que al fuego como yo.

Mi vida en Madrid ha sido, desde que llegué, pálida é incolora; ahora ya empiezan á volver los ausentes, y la corte recobrará toda su animación y su bullicio.

Afortunadamente, Eufemia saldrá con vuestra tía la Baronesa, mujer que me es bastante anti-pática.

Bien mirado, si tu hermana limita un poco sus locos gastos, vale más que le dé por concurrir á fiestas y diversiones, que el que me obligue á estar con ella todo el día hecho un tórtolo.

Yo trabajaría de buena gana... ¿pero en qué? Nada sé hacer con perfección, y te aseguro que si hubiera de ganarme la vida, me vería muy perplejo y muy desesperado; sin embargo, mi ya modesta fortuna va disminuyendo cada día, y antes me pondría á pintar fachadas ó muestras para tiendas, que recurrir al dote de tu hermana, aunque es muy crecido.

No comprendo qué haces ahí, pero tampoco me atrevo á decirte que vengas; ¿á qué? yo mismo no sé qué hacerme; te repetiré lo que tú me has dicho en otras ocasiones: ¿por qué hemos nacido ricos?

Pensamientos bien extraños ocupan mi cabeza de hombre gastado por el vicio y la fortuna; creo que ocuparse es no perder el tiempo, pero que sólo *trabajar* es emplearlo útilmente. Creo que el trabajo es el padre de todas las virtudes, y la ociosidad la madre de todos los vicios.

Sí, Pablo; el trabajo, origen de tanta satisfacción, de tantos goces, único secreto para pasar rápidamente las horas, sacando de ellas un rico partido; el trabajo, que salva de tantos males, nos garantiza de tantos lazos y nos preserva de tantas faltas, no solamente es para el hombre un recurso y una defensa, sino también un deber positivo que le impone la naturaleza.

Creo que no habrá más que un reposo dulce: el que se compra por el trabajo.

Y bien, Pablo, ¿vamos á trabajar? Acabaremos nuestra inútil vida de una manera digna y honrosa. ¿Cómo huirémos de las penas domésticas que, como última hazaña, nos hemos buscado en nuestras bodas, por una vida de desorden? Ya no hay locura que no hayamos hecho y que nos pueda atraer por la novedad; sólo es nuevo para nosotros lo bueno, lo honrado; probemos: á la manera que un paladar estragado desea las viandas sanas y sencillas, así mi alma desea otro círculo, otras ideas, otro método de vida más grave y más noble.

Escribeme, porque espero con ansia carta tuya.

GERMÁN.

IX

Eufemia á la Marquesa.

Madrid, Setiembre de 186...

Parece, madre mía, que aquí estoy más tranquila, y que desde que no vivo en aquella atmósfera abrasadora de riqueza, de vanidad, de ociosidad y de caprichos, mi alma se siente mejor y más serena.

No son esos grandes círculos lo más propio para cabezas como la mía y para un corazón que,

como este tuyo que yo abrigo en mi pecho, está aún henchido de ilusiones; no: la estancia en Baden, en Dieppe, en Truoville, en Ems, en Enghien, en todos esos puntos, en fin, donde se agolpan todas las esplendideces y todos los faustos del mundo, donde todo se da al exterior y nada se deja para el alma, no es para las mujeres como tu pobre hija.

Quédense esas suntuosas temporadas de baños para las mujeres completa y profundamente desgraciadas, como la Princesa Catalina; yo no lo soy, ó, á lo menos, no quiero serlo; yo puedo aún conquistar el afecto de mi marido, y además tengo el tuyo, que, aun sin otro en la tierra, puede ya contarse como una felicidad suprema; yo soy joven y nada he visto ni conozco del mundo; ni ¿para qué quiero conocerlo? Más vale que me aplique á conocerme á mí misma, á conocer á mi marido, á conocer las necesidades de mi casa, único mundo que debo estudiar, y donde debo encerrar mis silenciosos triunfos.

Bien hiciste, madre mía, en arrancarme, con tu mandato sin apelación, de aquella magnífica pero vacía existencia; porque si no, ¿qué sería yo á estas horas? Una mujer á la moda tal vez; una mujer desgraciada, de seguro.

Germán, indiferente á todo, me siguió sin ninguna repugnancia; obedeciendo tu consejo, probé ya una grande, una inmensa satisfacción, porque pude persuadirme de que mi marido no amaba á

la extranjera que apareció en Baden, y cuya vista tan crueles recelos me inspiró.

Dos días después del en que llegó, y del mismo en que yo la ví por la noche en el Casino, la hallé en el parque, donde me paseaba con mi doncella, á las seis de la mañana; todos los banos y sillas estaban ocupados; sólo en un canapé de hierro, donde ella estaba sentada, había sitio vacante para una persona; mi primer movimiento fué ir á tomarlo; pero luego me arrepentí, y no pudiendo resolverme á aceptar la compañía de aquella joven, dí un paso para retirarme; ella se levantó entonces, me señaló el canapé, me hizo una cortesía y se iba á marchar, cuando yo, dominada por un buen impulso, la detuve.

—No podría consolarme de privar á V. de este agradable sitio, le dije; sólo debo admitir la participación que V. me dé en él.

—¡Oh señora! exclamó ella con una triste pero dulce sonrisa; V. no puede, *no debe* estar sentada á mi lado.

—¿Por qué? le pregunté yo, obedeciendo á un impulso que no pude contener.

—Porque hay una gran diferencia entre nosotras, respondió la joven; si V. tiene la generosa bondad de no conocerlo, yo debo tener la dignidad, por respeto á V. y á mí, de no decirlo.

Al acabar de pronunciar estas palabras, Magdalena (pues así he sabido después que se llama) volvió á inclinarse y se marchó.

Yo, muda de sorpresa, de enternecimiento y casi de respeto, quedé inmóvil, mirando desaparecer hasta el último pliegue de su traje blanco y de su graciosa manteleta.

Luego me dejé caer en el asiento que ella me había tan generosa y dignamente cedido.

Un dulce perfume llegó hasta mí; en el asiento que había ocupado la joven había un pañuelo de batista bordado, con una corona de rosas, en cuyo centro se leía este nombre:

MAGDALENA.

El pañuelo exhalaba un delicioso perfume de violetas; yo le recogí y le miré con cuidado, pareciéndome del mejor gusto para aquella hora de la mañana.

En algunas sillas colocadas á mi derecha estaba la familia del Marqués de B., amigo de mi tía y sobremanera apreciable: la Marquesa bordaba y veía jugar á sus hijos al aro, á la vez que sus dos niñas saltaban con un cordón de seda.

—Ya veo que ha tenido V. un hallazgo, me dijo, y que ha alcanzado V. una dicha que la envidiarán muchos de nuestros elegantes.

—¿Conoce V. á esa joven? pregunté á la Marquesa acercándome á ella.

—De oídas, me respondió: se llama Magdalena y vive en París; es una de tantas como vienen aquí á hacer negocio; sin embargo, su educación

es muy distinguida y no da que decir con ninguna exterioridad.

Mi curiosidad quedó vivamente excitada; como todas las jóvenes honradas, había deseado siempre conocer y tratar á alguna de esas pobres mujeres tan despreciadas del mundo; así es que sentí cierto dolor al considerar que no podría hablar á Magdalena, y casi al instante una gran alegría al pensar que tendría un pretexto para hablarla devolviéndole su pañuelo.

—¿Sabe V. en qué hotel vive esa joven? pregunté á la Marquesa.

—En aquel que se ve desde aquí, con un gran terrado y un espléndido jardín, me contestó aquella; quiere V. enviarle su pañuelo, ¿no es cierto?

—Sí, respondí; se lo enviaré con mi doncella.

Dicho esto, me despedí de la Marquesa; tomé un rodeo, y fui yo misma al hotel que me había indicado.

—¿La señorita Magdalena? pregunté al conserje.

—¿La señorita Magdalena Guymont, la que ha llegado de París?

—La misma.

—Cuarto número 3, piso principal.

Yo subí la escalera con el corazón palpitante; llamé, y salió por la puerta opuesta del corredor una camarera, que me dijo:

—La señorita ha salido: ¿desea algo la señora?

—Que cuando vuelva le entregue V. este pañuelo y esta tarjeta, le contesté sacando una de

mi cartera, y que le diga V. que he sentido no verla.

Dicho esto, bajé triste por no haber visto á Magdalena, alegre por haber escapado del peligro de verla.

A los dos días recibí este billete, escrito con una letra delicada y correcta:

«Gracias, señora Condesa, por la suma bondad de V. en venir en persona á traerme mi pañuelo; desde hoy, esta humilde prenda tiene para mí un mérito; el de haber sido tocada por la mano de V., por la mano de una mujer pura y honrada.

MAGDALENA GUYMONT.»

¿Qué te parece, mamá mía, este modo de proceder? Magdalena no acata en mí á la gran señora, sino á la mujer honrada; nunca olvidará esta lección, ni á la que se la ha dado, tu hija

EUFEMIA.

X

Modesta á Teresa.

Valfiores, Setiembre de 186...

Es preciso, mi inolvidable hermana, que me queje á tí del abandono en que me tienes; ya sé que tu dilatada familia te ocupa mucho; pero ¿no puedes perder un poco de sueño para dedicar media hora á tu Modesta? En tan corto espacio de tiempo, muchos buenos consejos puede estampar tu ágil mano, consejos que son para mí más apreciados que las más ricas joyas.

Yo soy feliz, y al hablarte de mí, ésta es la primera frase que quiero consignar: Felipe es bueno, y él y yo, por acuerdo tácito, al que ninguno hemos faltado, apenas dedicamos tiempo alguno á la ociosidad; yo pienso, hermana mía, que un poco de separación es, como tú dices, hasta necesaria para la dicha del matrimonio; los hombres tienen cierta dosis de actividad, que deben emplear en tareas útiles, bajo la pena de malgastarla en puerilidades mezquinas; un hombre ocioso debe ser el peor de todos los azotes, porque no cesa de mirar atentamente las ruedas que hacen funcionar la existencia, ruedas que él no debe vislumbrar jamás.

Uno de los mayores beneficios que el cielo me